

## El latín bíblico y el latín cristiano: coincidencias y discrepancias

### 1. INTRODUCCIÓN

El tema general que voy a tratar aquí se refiere a las relaciones entre «el latín bíblico» y «el latín cristiano». Se trata de saber si existe un latín bíblico como fenómeno lingüístico especial dentro del marco más amplio del latín cristiano. Si existe, cuál es de hecho su entidad propia y cuál es la influencia que ha ejercido en el propio latín cristiano, si es que ha ejercido alguna, y cuáles son en definitiva sus características más señaladas.

El tema evidentemente tiene algunos aspectos más que discutibles. La escuela de Nimega, por ejemplo, pionera y representante más destacada de los estudios sobre el latín cristiano desde hace más de 50 años, no hace distinción alguna entre «latín bíblico» y «latín cristiano». Aún más, ni siquiera se plantea el problema de una posible diferenciación. Para esta escuela el latín de las versiones bíblicas constituye un ingrediente más del latín cristiano. Esta misma postura adoptan también otros tratadistas del latín cristiano, fuera ya de la escuela de Nimega.

Como intentaré demostrar a continuación, esta actitud va en contra de la antigua tradición cristiana sobre el latín bíblico, representada fundamentalmente por San Jerónimo y San Agustín, y va en contra también de los datos concretos. El latín bíblico constituye de hecho una entidad lingüística propia, que puede y debe ser estudiada aparte. Sus diferencias con respecto al latín cristiano van desde el campo sintáctico hasta el campo léxico y semántico, sin olvidar naturalmente el campo estilístico, tan novedoso para la

mentalidad latina, que refleja la mentalidad semítica de los autores de la Biblia.

## 2. CONCEPTO Y DEFINICIÓN DEL LATÍN CRISTIANO

No me voy a ocupar aquí del viejo problema, hoy ya en parte superado, de si el latín cristiano fue o no fue una «lengua especial». Cuestión estéril donde las haya, porque para decidirse a favor o en contra de la pregunta habría que discutir primero y aclarar después qué se entiende por «lengua especial» y qué rasgos o elementos la constituyen, cosa que hasta ahora nadie ha resuelto. Yo parto aquí simplemente del hecho de que el latín cristiano era y se sentía efectivamente como algo especial dentro del latín de la época. Era una variedad o modalidad del latín hablado y escrito, que no debían entender, al menos con facilidad y sin explicaciones, los contemporáneos paganos. Para confirmar este aserto —y para mí este hecho— voy a citar *in extenso* un texto de una carta de Jerónimo al Papa Dámaso, aducido por R. Braun en un trabajo reciente sobre «La influencia de la Biblia en la lengua latina»<sup>1</sup>, texto que considero verdaderamente acertado para demostrar al más renuente la peculiaridad de la lengua latina cristiana. El texto dice así:

*«Quoniam vetusto oriens inter se populorum furore conlisis indiscissam Domini tunicam et desuper textam minutatim per frustra discerpit et Christi vineam exterminant vulpes, ut inter lacus contritos qui aquam non habent, difficile ubi fons signatus et hortus ille conclusus sit possit intelligi, ideo mihi cathedram Petri et fidem apostolico ore laudatam censui consulendam, inde nunc meae animae postulans cibum unde olim Christi vestimenta suscepi».*

R. Braun se pregunta: «¿Es realmente seguro que Cicerón o Salustio habrían entendido este pasaje entretejido todo

<sup>1</sup> R. Braun, 'L'influence de la Bible sur la langue latine', en J. Fontaine-Ch. Pietri (ed.), *Le monde latin antique et la Bible* (Bible de tous les temps, vol. II, Paris 1985) pp. 129-142, en p. 130.

él de reminiscencias bíblicas, de imágenes y expresiones ligadas al cristianismo y a la interpretación “mística” del Antiguo Testamento?». Y continúa: «En cualquier caso (es decir, aunque Cicerón y Salustio hubieran entendido este texto), esta frase que, sin embargo, no contiene ningún hebraísmo propiamente dicho, que presenta al máximo dos préstamos léxicos (*Christus, apostolicus*) y tres neologismos semánticos (*Dominus, cathedra, fides*: a la lista de Braun hay que añadir necesariamente *lacus* con el significado de «cisterna», y *Petrus*, el nombre del apóstol Pedro), produce sobre un hombre moderno, formado en la literatura clásica, una impresión de extrañeza desconcertante en virtud de las imágenes bíblicas contenidas en ella y orientadas hacia una misma interpretación eclesial “túnica de una sola pieza” (Jn 19, 23), “viña” (Is 5; Jn 15) del Señor, en contraposición a las “zorras”, que atadas por las colas por Samsón y habiéndoles prendido fuego, quemaron las “viñas” de los filisteos (Jue 14, 4 ss.) (aquí, según mi opinión, la alusión es a las “zorras que devastan las viñas, de Cant. 2, 15), el “huerto cerrado” y la “fuente sellada” del Cantar 4, 12, en contraposición a las “cisternas estropeadas”, que no pueden contener el agua, siendo así que Yahvéh es la “fuente de agua viva” (Jer 2, 13), y por último, la mención del bautismo como un “revestirse de Cristo”»<sup>2</sup>.

Tiene razón Braun en poner en duda que Cicerón o Salustio hubieran entendido este texto, sin haber recibido previamente algunas explicaciones, a pesar de estar redactado en un latín sintácticamente correcto. Es pues evidente que el «latín cristiano» es algo especial dentro del latín. Este latín nos introduce en un mundo nuevo: mundo nuevo de ideas y de sentimientos ciertamente; pero mundo nuevo también de términos con significados nuevos, de expresiones inusuales, de estilo y simbolismo desconocidos del latín profano habitual. En cuanto a hechos fonéticos, morfológicos y sintácticos, el latín cristiano participa, en general, de la evolución de la lengua en la edad tardía y estos hechos lingüísticos se encuentran también en autores profanos de

2 Cf. R. Braun, loc. cit., p. 130: la sustancia está tomada de ahí, pero con adiciones propias.

la misma época. Por tanto, para decirlo en pocas palabras, con respecto a esos hechos gramaticales, la diferencia entre el latín cristiano y el latín profano contemporáneo es menor que la que hay entre el latín cristiano y el latín clásico.

### 3. CARACTERÍSTICAS DEL LATÍN CRISTIANO

Las principales novedades del latín cristiano, tanto con respecto al latín profano contemporáneo como al latín clásico, son ya suficientemente conocidas después de los trabajos de la «escuela de Nimega» —en especial los de Chr. Mohrmann— y de los «Estudios patrísticos» de la «escuela de Washington», y yo no voy a repetir las aquí. Ya se sabe que se refieren fundamentalmente al campo léxico y semántico, pero no exclusivamente. Sólo quiero llamar aquí la atención —y ya como introducción al tema central de mi Ponencia— que todos estos estudios hablan de «latín cristiano» o de «latín patrístico», en general, englobando dentro de este concepto el «latín de las versiones bíblicas». Este modo de proceder no tiene nada de extraño, puesto que las versiones latinas de la Biblia son escritos cristianos, como lo es la versión latina de la *Carta de Clemente a los Corintios* o la traducción latina del *Pastor de Hermas*, por citar sólo algunas traducciones latinas cristianas más antiguas.

Sobre este hecho y sobre esta base están contruidos los manuales de latín cristiano, comenzando por el viejo manual de G. Koffmane, *Geschichte des Kirchenlateins*, Breslau 1879 (reimpr. Hildesheim 1966), que comienza con un capítulo sobre el «latín de la Biblia» (A. T.; N. T.; expresiones bíblicas, pp. 7-19), hasta los manuales más modernos de G. Caliò, *Il latino cristiano*, Bolonia 1965, que también dedica un capítulo a las antiguas versiones de la Biblia, titulado curiosamente el capítulo: «El latín cristiano preliterario» (pp. 57-60), y el de G. Reichenkron, *Historische latein-altromanische Grammatik*, I, Wiesbaden 1965, que también dedica un apartado específico al «latín bíblico» dentro del capítulo más general dedicado al «Latín de los escritos cristianos de los siglos III y IV» (pp. 96-101), pasando por el conocido manual de A. Blaise, *Manuel du latin chrétien*,

Estrasburgo 1955, manual que ya ni siquiera menciona en ningún sitio, como tema aparte, el latín bíblico, sino que lo funde y engloba del todo en el concepto más amplio del latín cristiano. Blaise dedica la primera parte de su *Manual* al «estilo cristiano» (pp. 11-16), desarrollando en ella los siguientes temas: 1) El vocabulario: a) formación de palabras; b) estilística; c) reacción etimológica. 2) La retórica tradicional; 3) El simbolismo; 4) El lenguaje figurado; 5) El lenguaje afectivo: a) el amor místico; b) el amor de los hombres, la caridad humana.

Como cualquiera puede ver, de esta primera parte, tres capítulos, al menos —el 3, el 4 y el 5—, se basan casi exclusivamente en datos de la Biblia, de tal manera que repasando estos temas se saca la impresión de que el «latín cristiano» casi no es otra cosa que «latín bíblico». Y esto es a todas luces una exageración para caracterizar el latín cristiano, en general, porque en realidad el «latín cristiano» es algo más y algo distinto del «latín bíblico». Minucio Félix, Tertuliano y Cipriano son evidentemente tres representantes destacados del latín cristiano, y no obstante, no tienen ni remotamente el mismo estilo simbólico, afectivo y figurado que tiene la Biblia ni puede compararse bajo este aspecto el estilo de cada uno de ellos. Minucio Félix, por ejemplo, considera demasiado vulgar y bárbaro el latín de las primeras traducciones de la Biblia y lo rechaza, utilizando en su *Octavius* un latín literario elegante y bien construido, que puede competir con el de sus contemporáneos paganos <sup>3</sup>. Tertuliano, en cambio, no sólo no rechaza esta lengua popular especial de la Biblia latina, sino que descubre sus inmensas riquezas y posibilidades de expresión y las utiliza de manera consciente y abundante <sup>4</sup>. Cipriano, por su parte, se mantiene en un punto medio; no rechaza de plano el latín bíblico ni lo incorpora sin escrúpulos. Acoge lo indispensable, lo que ya había tomado carta de naturaleza en el latín cristiano, pero pasa por alto muchos elementos típicos de la lengua de la Biblia <sup>5</sup>.

3 Cf. G. Caliò, *Il latino cristiano* (Bologna 1965) pp. 63 y ss.

4 G. Caliò, op. cit., pp. 65 y ss.

5 Ibid., pp. 67-70.

Estas tres posturas tuvieron sus continuadores en épocas posteriores. Lactancio, por ejemplo, está más cerca de la actitud de Minucio Félix que de la de Tertuliano. Y lo mismo se puede decir, con alguna limitación, de Hilario de Poitiers. Ambrosio, Jerónimo y Agustín, en cambio, buscaron y consiguieron hacer la síntesis entre las tres posturas iniciales más radicales, acercándose más a la postura de Cipriano, de tal modo que su lengua latina se convirtió para sus contemporáneos de finales del siglo IV y comienzos del V en el latín cristiano clásico <sup>6</sup>.

En definitiva, el concepto de «latín cristiano» es bastante más amplio que el de «latín bíblico». El latín cristiano abarca, en efecto, desde la lengua popular de las inscripciones cristianas hasta la lengua con aspiraciones clásicas de Minucio y Lactancio, pasando por la elegante y cuidada de Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, sin olvidar la de Prudencio, Paulino de Nola o Sedulio. El «latín bíblico», en cambio, es exclusivamente el latín popular especial de las antiguas versiones de la Biblia y el latín algo más cuidado y correcto de la Vulgata de Jerónimo. Este latín fue sin duda la base del latín cristiano: en primer lugar, del latín cristiano primitivo de los siglos II, III y hasta finales del IV en la forma conocida y denominada de la *Vetus Latina*, y del latín cristiano literario desde finales del siglo IV hasta el final de la época tardía en las formas de la *Vetus Latina* y la *Vulgata*. Nunca se insistirá lo bastante en la importancia del «latín bíblico» para explicar el «latín cristiano». Pero esto no obsta para que se pueda y se deba distinguir entre latín bíblico y latín cristiano, puesto que hay muchos elementos del latín bíblico que no han pasado al latín cristiano y que por tanto nunca formaron parte habitual y normal de la lengua hablada y escrita de los cristianos.

#### 4. EL LATÍN BÍBLICO

Esto que acabo de decir, y que podría parecer una gran novedad, es la doctrina tradicional de los dos más grandes

6 Ibid., pp. 71-76.

escritores cristianos de la antigüedad, Jerónimo y Agustín <sup>7</sup>, que la expresaron bajo las denominaciones comunes de *consuetudo scripturarum*, *mos scripturarum*, *idioma scripturarum*, con las que aludían a la lengua de la Biblia latina como a un idioma distinto del latín clásico, por una parte, y de la lengua hablada, cristiana o pagana, por otra <sup>8</sup>. Como recalcan bien estos dos grandes escritores, las innovaciones que supone la lengua de la Biblia no se limitan, como podría pensarse, al campo léxico o semántico, sino que se extienden también al campo sintáctico y estilístico, como vamos a ver a continuación.

## 5. INNOVACIONES DEL LATÍN BÍBLICO

Las innovaciones o novedades que voy a señalar a continuación se refieren evidentemente al «latín bíblico» comparándolo con el «latín cristiano», y no se refieren directamente al «latín bíblico» comparándolo con el latín clásico o profano en general, aunque es claro que todos estos datos son también novedades o innovaciones con respecto al latín profano, sea clásico o tardío.

### A) *Campo sintáctico*

Aunque algunas o varias de las características que voy a señalar aquí puedan no ser exclusivas del latín bíblico, sino que hayan podido ser preparadas por usos del latín arcaico o del latín popular o puedan ser incluso innovaciones aisladas del latín clásico, algunas de las cuales hayan podido pasar esporádicamente al latín cristiano en sentido más estricto, tomadas todas estas características en su conjunto, favorecidas sin duda por el influjo semítico a través del

<sup>7</sup> Para la opinión de Jerónimo y Agustín sobre el latín bíblico remito a G. Q. A. Meershoek, *Le latin biblique d'après saint Jérôme* (Nimega 1966); W. Süss, *Studien zur lateinischen Bibel*, I, *Augustins Locutiones und das Problem der lateinischen Bibelsprache* (Tartu 1932); W. Süss, 'Das Problem der lateinischen Bibelsprache', en *Historisches Vierteljahresschrift*, 27 (1932) 1-39.

<sup>8</sup> Todo esto lo expone con claridad y de manera absolutamente convincente G. Q. A. Meershoek, op. cit., pp. 64 y ss.

griego, dan al latín bíblico un colorido especial, sumamente original y llamativo.

a) *Influjo semítico*: Sin pretender en modo alguno ser exhaustivo, y sin buscar un orden especial, voy a señalar las siguientes características del latín bíblico derivadas de las lenguas semíticas originales de la Biblia, el hebreo y el arameo, características que sólo en forma de citas bíblicas o en contextos muy singulares se encuentran en el latín cristiano:

1) El genitivo superlativo del tipo *vanitas vanitatum*, «vanidad suprema». El latín cristiano lo toma de la Biblia <sup>9</sup>.

2) El genitivo de cualidad en sustitución de un adjetivo, del tipo *odor suavitatis*, «olor suave», y más aún del tipo *virga virtutis tuae*, «tu cetro poderoso», y no «el cetro de tu poder» o del tipo del «genitivo inverso», como *abundantia gaudii*, «gozo abundante», o del tipo de la «metáfora genealógica», como *filius iniquitatis*, «hombre malvado» <sup>10</sup>. El latín cristiano toma estos gentilicios de la Biblia.

3) *In* con ablativo con valor instrumental, como *percutere in virga*, «golpear con la vara»; *in nomine Domini*, «con el poder del Señor» (hay aquí un doble hebraísmo, el *in* con ablativo instrumental, y el significado especial de *nomen*, que indica la esencia de la persona, frase que ha pasado a todas las lenguas románicas y germánicas) <sup>11</sup>. El latín cristiano toma este uso de la Biblia.

4) *In* con acusativo con valor predicativo, como, por ejemplo, *accipere in uxorem*, «tomar por mujer» <sup>12</sup>.

5) Varios empleos especiales de *super*: a) en lugar de *de*: *murmurare super me*, «murmurar de mí»; *admirari super rem*, «admirarse de una cosa»; b) en sustitución de un compa-

9 Cf. O. García de la Fuente, 'El superlativo en la Biblia latina', en *Emerita*, 46 (1978) 347-367; ahí doy los ejemplos y explico su origen y significado.

10 Cf. O. García de la Fuente, 'Consideraciones sobre el llamado «genitivo de cualidad» en el latín bíblico', en *Analecta Malacitana*, 6 (1983) 279-299: analizo multitud de ejemplos, explicando los distintos tipos de genitivos de cualidad que presenta el latín bíblico, el origen de esos genitivos y su sentido y traducción.

11 Cf. W. Süß, *Studien*, pp. 79 y ss.

12 Cf. W. Süß, *Studien*, pp. 82 y 83; A. Ceresa-Gastaldo, *Il latino delle antiche versioni bibliche* (Roma 1975) p. 46.



rativo: *melior super me*, mejor que yo»<sup>13</sup>. Este último uso el latín cristiano lo tomó de la Biblia.

6) A rigiendo ablativo con valor comparativo: *minus ab angelis*, «menos que los ángeles»<sup>14</sup>. Este uso del latín cristiano lo tomó de la Biblia.

7) Afirmación introducida por un juramento, del tipo *vivit Dominus quia*, «vive Dios que» —conservada literalmente en español—<sup>15</sup>.

8) *Ut* con valor causal después de una interrogación, del tipo *quis sum ego ut vadam ad Pharaonem?*, «¿quién soy yo para ir al Faraón?»<sup>16</sup>.

9) Empleo de formas finitas de verbos en sustitución de adverbios, de los tipos siguientes: *addiderunt facere malum*, «hicieron de nuevo el mal» o «volvieron a hacer el mal»; *apposuit parere fratrem*, «dio a luz todavía a su hermano»; *adiecit Dominus loqui*, «habló de nuevo el Señor»; *non convertentur operire terram*, «no cubrirán otra vez la tierra» o «no volverán a cubrir la tierra»; *magnificavit Dominus facere*, «el Señor actuó magníficamente»; *multiplacasti locupletare eam*, «la has enriquecido mucho»; *festina adducere*, «trae rápidamente»; *praevenit ungere corpus*, «ungió previamente mi cuerpo»; o estas mismas expresiones reforzadas con adverbios (*ultra*, *iterum*, *adhuc*), como, por ejemplo: *non addidit ultra quaerere Deum*, «no volvió a buscar más a Dios»; o formando oraciones subordinadas con partículas, como, por ejemplo: *addidit ut appareret*, «apareció nuevamente» (y lo mismo con *apponere*, *adiicere*,

13 Cf. O. García de la Fuente, 'El comparativo en las antiguas versiones latinas del Génesis', en *Emerita*, 44 (1976) 231-340; idem, 'El comparativo en las antiguas versiones latinas del Salterio', en *La Ciudad de Dios*, 190 (1977) 299-316: entre los dos trabajos recojo un amplísimo material de este tipo de comparativos y doy su explicación acudiendo al texto hebreo y griego.

14 Véanse los dos artículos citados en la nota anterior.

15 E. Löfstedt, *Late Latin* (Oslo 1959) pp. 84 y ss., dice así: «Una construcción, confinada originalmente al hebreo, es imitada por los autores de los Setenta, y de allí es copiada por el latín bíblico. Apoyada por otras expresiones más o menos análogas, surge por medio del latín popular tardío y el latín medieval para establecerse por lo menos en una, y probablemente en más de una, de las lenguas románicas» (p. 85): esta lengua románica es el español.

16 Cf. A. Fridh, *L'emploi causal de la conjonction «ut» en latin tardif* (Göteborg 1977) pp. 9 y ss., en donde demuestra con muchos ejemplos de la *Vulgata* y de los *Setenta* el origen hebreo de este giro.

*converti, reverti*; así: *non convertar ut disperdam*, «no destruiré otra vez» o «no volveré a destruir»; *reversi sunt ut facerent malum*, «hicieron de nuevo el mal» o «volvieron a hacer el mal»); o formando oraciones coordinadas con *et*, del tipo: *adiecit Dominus et vocavit*, «llamó el Señor otra vez» o «volvió a llamar el Señor» (y lo mismo con *converti, reverti, festinare, confortare*, por ejemplo: *revertetur et indignabitur*, «se indignará nuevamente» o «se volverá a indignar»; *festinavit et cucurrit*, «corrió rápidamente»; *conversus est et aedificavit*, «edificó nuevamente»; *confortare et fac*, «obra valientemente»); o con un participio de presente, del tipo: *circumdantes circumdederunt me*, «me rodearon totalmente»; *benedicens benedicam*, te bendeciré ciertamente»; *audite audientes*, «oíd bien; o con participio de presente de distinta raíz, del tipo: *euntes abibunt*, «seguramente marcharán»; *scito praenoscens*, «debes saber absolutamente»; o con un gerundio, del tipo: *tradendo tradetur*, «será entregada ciertamente»; o con un participio de pasado, del tipo: *conversus instauravit*, «restauró nuevamente»; *reversus locutus est*, «habló nuevamente»; o con un ablativo de la misma raíz del verbo, del tipo: *dissipatione dissipabitur*, «será totalmente destruida»; *desiderio desideravi*, «he deseado ardientemente»; *vita vivere*, «vivir ciertamente»; *morte mori*, «morir ciertamente» (por lo menos 39 textos); o de distinta raíz, por ejemplo: *lugere fletu*, «llorar inconsolablemente»; o con un acusativo de un sustantivo de la misma raíz, del tipo: *audite auditionem*, «oíd bien» (Job 37, 2); *videte visionem*, «ved bien» (Is 6, 9), giro que no se ha de confundir con el acusativo del objeto interno —de la llamada «figura etimológica», por ejemplo: *cogitare cogitationem*, «tener un pensamiento»—, pues esta construcción coincide con la correspondiente del latín clásico, y por tanto no es específicamente bíblica <sup>17</sup>.

17 Cf. O. García de la Fuente, 'Sobre el uso de los adverbios en el latín bíblico', en *Salvación en la palabra: Targum-Derash-Berith*, homenaje al Prof. Alejandro Díez Macho (Madrid 1986) pp. 135-156; en ese trabajo analizo todas las mencionadas construcciones y algunas más que he omitido, y explico las que se originan por influencia hebrea, distinguiendo claramente algunas de ellas de la llamada «figura etimológica», que también existe en latín profano.

10) Uso masivo de la coordinación a través de *et* —o de las demás conjunciones copulativas— en vez de la subordinación de distintos tipos. No hace falta decir —pues todo el mundo lo sabe— que éste es un rasgo distintivo del latín bíblico <sup>18</sup>.

11) Uso de un pronombre redundante reforzando a un relativo, del tipo: *civitates in quibus ipsi inhabitant in ipsis*, «ciudades en las que ellos habitan en ellas» <sup>19</sup>.

12) Uso de *non omnis* y *omnis non* en vez de los indefinidos negativos, *nihil*, *nemo*, *nullus*, por ejemplo: *non erit impossibile apud Deum omne verbum*, «no hay nada imposible para Dios» (aquí existe, además, el hebraísmo de *verbum* por «cosa») <sup>20</sup>.

13) Empleo de *homo*, *vir*, *anima*, *frater*, *proximus*, *amicus* y otros términos en función de o con valor de pronombres indefinidos y recíprocos:

*Homo: si peccaverit homo in proximum suum*, «si peca uno —alguien— contra su prójimo»; *revertetur homo ad possessionem suam*, «volverá cada uno a sus posesiones»; *quod Deus coniunxit homo non separet*, «lo que Dios unió que nadie lo separe»; *non iustificatur homo*, «no se justifica nadie»; *solvebat homo calceamentum suum, et dabat proximo suo*, (Rut 4, 7), «desataba uno su zapato y se lo daba al otro».

*Vir: quomodo si fugiat vir a facie leonis*, «como si huyera uno de la presencia de un león»; *revertatur vir in domum suam*, «vuelva cada uno a su casa»; *et vir non transibit per eam*, «y nadie pasará por ella»; *vir fratri suo non parcat*, «nadie perdona a otro» (= no se perdonan unos a otros); *et*

18 Cf. O. García de la Fuente, 'Aspectos del latín tardío', en *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos* (Jaén 1982) pp. 44 y ss.; idem, 'Consideraciones sobre el influjo hebreo en el latín bíblico', en *Emerita*, 49 (1981) p. 340.

19 O. García de la Fuente, 'Uso del pronombre redundante en los antiguos salterios latinos', en *Durius*, 3 (1975) 9-26: aunque sólo trato de los salterios latinos, la doctrina expuesta puede aplicarse al resto de los textos de la Biblia; cf. W. Süss, *Studien*, p. 21.

20 Cf. O. García de la Fuente, 'Uso de *Non omnis* y *Omnis non* por *nihil*, *nemo*, *nullus* en los salterios latinos', en *Helmantica*, 27 (1976) 261-271: lo que digo aquí con respecto a los salterios puede extenderse a toda la Biblia; véase, además, O. García de la Fuente, 'Los indefinidos en la Biblia latina', en *Emerita*, 52 (1984) 227-270, pp. 245-249.

*iudicium fecerit inter virum et virum*, «e hiciera un juicio (justo) entre unos y otros».

*Anima: Si peccaverit anima per ignorantiam*, «si peca uno (= alguien) por ignorancia»; *omnis anima ex vobis non comedet sanguinem*, «nadie de entre vosotros comerá sangre».

*Frater: Sicut latro consurgit contra fratrem suum*, «como un ladrón se lanza contra uno (alguien)»; *omnis qui irascitur fratri suo*, «no entres en la casa de nadie» (el contexto indica claramente que no se trata de la casa de un hermano); *vir fratrem suum deridet*, «se engañan unos a otros».

*Proximus: Qui percusserit proximum suum*, «quien mata a otro (= alguien, uno)»; *uxor proximi o uxor proximi tui*, «la mujer de otro»; *unusquisque proximum suum*, «cada uno a otro» o «unos a otros».

*Amicus: Si introieris in segetem amici tui*, «si entras en las mies de otro (= alguien)»; *nec habebit amicum in quo requiescat*, «ni tendrá a nadie en quien descansar»; *homo ad amicum suum*, «uno a otro»<sup>21</sup>.

14) Uso innecesario, superabundante y hasta confuso de *et* en algunos textos: *mulier quaecumque semen receperit et pepererit masculum et immunda erit* (Lev 12, 2: V. L.), «cualquier mujer que haya quedado embarazada y haya dado a luz un varón (y), será impura durante siete días»<sup>22</sup>.

15) Uso del futuro en lugar del imperativo, por ejemplo: *Tu autem testamentum meum conservabis*, «tu, sin embargo, guarda mi testamento»<sup>23</sup>.

16) Uso de plurales, que en latín sólo aparecen en singular, por ejemplo: *carnes, sanguines*, etc.<sup>24</sup>.

17) Uso de singulares, que en latín sólo se usan en

21 Cf. O. García de la Fuente, 'Los indefinidos', cit.: estudio ahí todos los textos de cada una de esas palabras.

22 Cf. W. Süss, *Studien*, pp. 23 y ss. Ya San Agustín vio con claridad que esos giros eran motivados por una traducción excesivamente literal del griego y del hebreo.

23 Cf. W. Süss, *Studien*, p. 9: expone la doctrina de San Agustín con respecto a estos futuros.

24 Cf. W. Süss, *Studien*, p. 10; F. Kaulen, *Sprachliches Handbuch zur biblischen Vulgata* (Freiburg 1904, reimpr. Hildesheim 1973) p. 126.

plural, por ejemplo: *primitia, insidia, altare, inimicitia, virgultum*, etc.<sup>25</sup>.

18) Dislocación total del orden normal de palabras que regia en latín clásico. Este es, por cierto, un fenómeno sintáctico de primer orden, que influyó poderosísimamente en el latín cristiano y tardío en general y que condujo, unido a otros factores, hacia el orden de palabras románico. Los Setenta y todas las demás traducciones griegas de la Biblia reproducen el orden de palabras hebreo. Las versiones latinas de la Biblia, tanto las primitivas, como la de Jerónimo, siguen este mismo principio de conservar el orden hebreo. No debe extrañarnos, porque el propio erudito y crítico San Jerónimo decía que en la Biblia *et verborum ordo mysterium est*<sup>26</sup>. Ahora bien, como el griego y el latín son lenguas flexivas, la regla del orden de palabras hebreo podía aplicarse sin demasiados problemas para la comprensión del texto. Pero las consecuencias que de aquí se derivaron fueron de importancia capital para la evolución del orden de palabras latino hacia el orden románico. Así, por ejemplo, como los pronombres personales y los posesivos complementos son sufijos en hebreo, es decir, se añaden a la palabra por detrás, sus equivalentes griegos y latinos seguirán invariablemente al verbo o al sustantivo del que dependen y al que se agregan; por eso, en latín bíblico se dice: *amat me; audit eum; via eius; pedes eorum; cordis tui; manum tuam; oculus meus*, etc. El determinante sigue al determinado: *filius hominis; vocem Domini*, etc., en contra de la regla latina clásica. El adjetivo calificativo y el demostrativo siguen al sustantivo: *ecclesia magna; populus gravis; de laqueo hoc; a populo illo*; etc., en contra igualmente de la norma clásica. Todo esto, como es lógico, supone un auténtico terremoto en la sintaxis latina y es una novedad de primer orden en el latín bíblico, novedad que distingue este latín del latín clásico, de un lado, y del latín cristiano, en gran parte, por otro<sup>27</sup>.

25 Cf. W. Süss, *Studien*, p. 10; F. Kaulen, op. cit., p. 126.

26 Jerónimo, *Ep* 57, 5.

27 Todo esto lo he demostrado ampliamente en mi artículo 'Orden de palabras en hebreo, griego, latín y romanceamiento castellano medieval de Joel', en *Emerita*, 51 (1983) 41-61; 185-213; y esto mismo han confirmado dos Memorias de

Hay otros muchos puntos más sobre el influjo hebreo, que voy a omitir aquí por razón de brevedad. Los datos aportados creo que son suficientes para demostrar que el latín bíblico presenta muchas novedades incluso desde el punto de vista sintáctico, más de lo que generalmente se cree.

### B) *Campo semántico*

Dejando ahora de lado los neologismos léxicos, que supusieron un enriquecimiento notable del léxico latino por parte de las versiones latinas de la Biblia, paso ahora a tratar brevemente de las modificaciones o renovaciones semánticas que supusieron un enriquecimiento inmensamente mayor que el anterior para la lengua latina de la antigüedad tardía. A través de la Biblia latina muchísimos vocablos antiguos pasaron a significar cosas total o parcialmente nuevas. En contacto con el mundo religioso de la Biblia muchas palabras antiguas de uso corriente, como *vita*, *mors*, *fides*, *iustitia*, *caro*, *spiritus*, *panis*, etc., adquirieron significados nuevos, que no conoció el latín profano anterior o posterior a la Biblia. Los ejemplos son innumerables y no me voy a detener aquí en demostrarlo. Remito de momento a mis dos volúmenes sobre el latín bíblico y el español medieval<sup>28</sup>.

Lo que sí voy a hacer aquí es elaborar una pequeña lista de términos con significados específicamente bíblicos, que no han pasado al latín cristiano con estos significados. Y ésta será mi segunda prueba en favor de la distinción entre latín bíblico y latín cristiano. La lista que doy a continuación se remonta a San Jerónimo y San Agustín, y podría ampliarse. Pero de momento basta como ejemplo.

Licenciatura dirigidas por mí y realizadas, una, por Virginia Alfaro Bech, *Orden de palabras en la Vulgata, Vetus Latina y romanceamiento castellano medieval de Zacarías* (Universidad de Málaga 1982) y, otra, por Ana de Miguel Celdrán, *Estudio del léxico del romanceamiento medieval castellano de Lamentaciones comparado con el texto de la Vulgata* (Universidad de Málaga 1984); el cap. II, pp. 47-85 estudia el orden de palabras en el texto latino de Lamentaciones y en el texto del romanceamiento.

<sup>28</sup> O. García de la Fuente, *El latín bíblico y el español medieval hasta el 1300*, vol. I, *Gonzalo de Berceo* (Logroño 1981); vol. II, *El libro de Alexandre* (Logroño 1986).

*Adorare*: En latín clásico y profano, «invocar a los dioses con palabras o con oraciones»; de manera más general: «venerar a los dioses o las cosas santas». Es un término religioso<sup>29</sup>. En latín cristiano, «dar culto o venerar a Dios o a cosas o personas santas». Es también un término religioso<sup>30</sup>. En latín bíblico, además de los significados anteriores del latín cristiano, en donde se recalca la exclusión de toda posible adoración de una criatura, según las conocidas palabras de Cristo, dirigidas al demonio: *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies* (Mt 4, 10), *adorare* se emplea como sinónimo de «saludar» a uno, hacer un gesto de reverencia o de educación, y así la Biblia dice que Abraham «adoró» a las gentes del país (Gn 23, 7); Abigail «adoró» a David (1 Sm 25, 23); Saúl «adoró» a Samuel (1 Sm 28, 14); el centurión Cornelio «adoró» a Pedro (Act 10, 25), etc. Ahora bien, este significado es algo que se sale del uso normal del término, tanto en latín profano, como cristiano<sup>31</sup>. Esta acepción específica bíblica se deriva de la del verbo hebreo *hištaḥawah*, que significa «bajarse o inclinarse en señal de respeto a una persona»: es una manera oriental de saludar. De aquí pasó a la esfera religiosa y se convirtió en un término técnico del culto a Yahvéh<sup>32</sup>.

*Caelum*-i: En latín clásico y cristiano, según el *ThLL*: «*pars mundi summa*»; «*pars mundi supera*»; «firmamento»; «morada de los dioses» (cl.); «morada de Dios» (cr.). En latín bíblico, además de estos significados, como acepción específica, «aire», «atmósfera»: *volatilia caeli*, «los pájaros del cielo» (expresión típicamente bíblica en todos los idiomas); *milvus in caelo*, «el milano en el cielo» (en el aire) (Jr 8, 7)<sup>33</sup>.

*Caeli* -orum: En latín clásico esta palabra se usa habitualmente en singular; si por excepción aparece en plural,

29 G. Q. A. Meershoek, op. cit., pp. 160 y ss.

30 A. Blaise, *Dictionnaire latin-français des auteurs chrétiens* (Turnhout 1954) s.v. *adoro*.

31 Meershoek, op. cit., pp. 157 y ss.

32 Meershoek, op. cit., pp. 157 y ss., en donde cita textos de Jerónimo tan claros como los siguientes: *dicitur adorare quasi honorare o hic adoratio quasi salutatio ponitur*; cf. *ibid.*, p. 158.

33 Meershoek, op. cit., pp. 182 y ss.

*caeli -orum* designa los distintos planetas <sup>34</sup>. En latín bíblico, en cambio, *caeli*, que aparece con muchísima frecuencia, puede considerarse un *plurale tantum*, ya que en hebreo la palabra correspondiente a «cielo» —*šamayim*— es un plural y siempre se usa en plural. El significado bíblico de *caeli* es el mismo que el de *caelum*, por tanto, también el de «aire», «atmósfera» <sup>35</sup>.

*Confiteri*: En latín clásico y profano, «afirmar, confesar un verdad, decir que». En latín cristiano, «confesar la fe», «confesar los pecados», además de todos los significados anteriores, en latín bíblico, como algo exclusivo y específico, «alabar a Dios», «dar gracias a Dios», además de todas las acepciones anteriores. La justificación de este significado tan llamativo se encuentra en una de las acepciones del verbo hebreo *hadah*, «alabar y dar gracias a Dios». Esta acepción bíblica nunca se integró plenamente en la lengua viva de los cristianos, y fuera de algún texto aislado, como el comienzo del *Te Deum laudamus*, *te Dominum confitemur*, o las *Confesiones* de San Agustín, no pasó a ninguna de las lenguas románicas <sup>36</sup>.

*Confessio*: En latín clásico y profano, «declaración», «confesión», «reconocimiento». En latín cristiano, «confesión de la fe», «confesión de los pecados», además de los significados anteriores del latín profano. En el latín bíblico, como algo típico y específico, «alabanza de Dios», «acción de gracias a Dios». Esta acepción bíblica, como la del verbo *confiteri*, nunca fue popular, y quedó restringida a citas de textos bíblicos, a algún texto patrístico aislado, y a las *Confesiones* de San Agustín, cuyo título, más que «confesión de los pecados» o tanto como «confesión de los pecados» significa «alabanza de Dios», «acción de gracias a Dios» por haberle perdonado los pecados <sup>37</sup>.

*Gloria*: En latín profano, «gloria, opinión del vulgo, alabanza de los hombres». En latín cristiano, lo mismo. En

34 Meershoek, op. cit., p. 188: es la definición del ThLL.

35 Ibid., p. 190.

36 Ibid., pp. 67 y ss., 83 y ss.; O. García de la Fuente, *San Agustín, Confesiones*, introducción, traducción y notas (Ed. Akal, Madrid 1986) pp. 15-18.

37 Meershoek, op. cit., pp. 84 y ss.; O. García de la Fuente, *San Agustín, Confesiones*, pp. 15-18.



latín bíblico, como acepción específica, «poder, resplandor, majestad de Dios». Es la traducción literal del hebreo *kabod*, que significa propiamente la manera de manifestarse externamente de modo impresionante una cosa sublime y divina, ordinariamente Yahvéh. De aquí pasó al latín cristiano la expresión «gloria de Dios, de Yahvéh, del Señor, de Cristo», etcétera <sup>38</sup>.

*Glorificare*: Término de origen bíblico, atestiguado ya desde la *Vetus Latina*, como otros verbos terminados en *-ficare*, de creación cristiana o bíblica. Significa: *a*) «exaltar, enaltecer, colmar de gloria»; *b*) «reconocer la majestad de Dios», de acuerdo con el significado de *gloria / kabob* <sup>39</sup>.

*Honorare*: En latín clásico y profano, y también cristiano, «honrar con saludos o por medio de alguna distinción especial». En latín bíblico, «honrar con regalos»; «hacer un donativo»; «dar limosna», por ejemplo: *honora viduas quae vere viduae sunt* (1 Tim 5, 3): se trata de la asistencia caritativa que tiene que tener la iglesia local con las viudas que carezcan de medios para subsistir. Lo mismo: *honora patrem tuum et matrem tuam* (Ex 20, 12), «honra a tu padre y a tu madre», dándoles lo necesario para vivir. Este significado bíblico se explica porque es la traducción literal del verbo hebreo *kabbed*, que significa «ser pesado» y originalmente significaba «dar grandes cantidades de alimentos» <sup>40</sup>.

*Honor*: En latín profano y cristiano, «honor», «consideración». En latín bíblico, «donativo, regalo, remuneración», por ejemplo: *Presbyteri duplici honore digni habeantur: maxime qui laborant in verbo et doctrina* (1 Tim 5, 17): es decir, los presbíteros que trabajan bien, deben recibir doble remuneración, doble paga. La razón que aduce el Apóstol es clara: *Dignus est operarius mercede sua*, «el obrero es digno de su salario», y, además: *Non alligabis os bovi trituranti*, «No pondrás bozal al buey que trilla». El significado de «paga, remuneración» es evidente. Y este mismo significado parece tener *honor* en Tob 4, 3: *Honorem habebis matri*

38 Meershoek, op. cit., pp. 86 y ss.; O. García de la Fuente, *El latín bíblico*, vol. I, pp. 163-166.

39 Meershoek, op. cit., pp. 99 y ss.; O. García de la Fuente, *El latín bíblico*, vol. I, pp. 166-167.

40 Meershoek, op. cit., pp. 114 y ss.

*tuae omnibus diebus vitae tuae*, «ayudarás a tu madre todos los días de tu vida».

*Honorificare*: Término de origen bíblico, atestiguado ya desde la *Vetus Latina* y la *Vulgata*, y usado por autores cristianos, como Lactancio, Agustín y Sulpicio Severo <sup>41</sup>. En latín cristiano, «honrar» (el martirio, la memoria de alguien). En latín bíblico, «hacer un donativo», «ayudar a subsistir con medios económicos»: Mt 15, 5-6 dice: «Pero vosotros decís: “El que diga al padre o a la madre: Todo aquello con que yo pudiera ayudarte es ofrenda —por tanto, algo sagrado, que los padres no podrán ni usar ni reclamar—”», *et non honorificabit patrem suum aut matrem suam*, «ése no tendrá que socorrer —prestar ayuda— a su padre o a su madre». Este mismo significado aparece en Eccli 7, 33: *Honora Deum ex tota anima tua, et honorifica sacerdotes*, «Venera a Dios con toda tu alma, y da tu donativo a los sacerdotes». El sentido es claro: a continuación, el texto añade: *da illis partem, sicut mandatum est tibi*, «dales su porción, como se te ha mandado» <sup>42</sup>.

*Communis*: En latín profano y cristiano, «común, ordinario». En latín bíblico, al principio, «lo colectivo, lo común, lo de todos»; y, por último, «lo prohibido a unos pocos, lo impuro», «lo manchado»: *communibus manibus, id est, non lotis*, «con manos manchadas, es decir, no lavadas» (Mc 7, 2, 5). En Act 10, 9 ss., se describe la visión de Pedro, relacionada con la conversión del centurión Cornelio, y aparece ahí 5 veces el adjetivo *communis* con la acepción de «impuro», «manchado». Como el término griego *koinós*, con la acepción de «impuro, manchado», resultaba extraña para los lectores cristianos de habla griega, el propio texto añade a continuación el adjetivo *akáthartós*, «impuro, manchado», que aclara el significado de *koinós*, «impuro». Las versiones latinas reproducen bien esta situación, traduciendo *commune aut immundum* (Act 10, 14, 28; 11, 8). Y las explicaciones del texto no dejan lugar a duda: *Quod Deus purifi-*

41 H. Rönsch, *Itala und Vulgata* (Marburg 1875, reimpr. Munich 1965) p. 176; Meershoek, op. cit., pp. 114 y ss.

42 H. Rönsch, op. cit., p. 176; A. Blaise, op. cit., s.v. *honorifico*.

*cavit, tu commune ne dixeris*, «lo que Dios purificó, tú no lo llares impuro» (Act 10, 15; 11, 9).

*Communicare*: En latín profano y cristiano, «comunicar; participar; asociar»; en latín bíblico, «hacer impuro; declarar impuro». Hay cuatro textos con este significado, todos en Mc 7, 15, 18, 20, 23; el primero dice: *Nihil est extra hominem introiens in eum, quod possit eum coinquinare, sed quae de homine procedunt illa sunt quae communicant hominem* (v. 15). El significado de *communicare* se pone en relación con *coinquinare*, como es evidente por el contexto, por tanto, significa lo mismo que ese verbo, es decir, «manchar», «hacer impuro»<sup>43</sup>.

*Cognoscere*: En latín profano y cristiano, «conocer»; en latín bíblico: a) «experimentar, sentir, sufrir», por ejemplo: *Sed peccatum non cognovi, nisi per legem*, «pero no experimenté (o sufrí) el pecado sino por la ley»; y otros textos<sup>44</sup>; b) «tener relaciones sexuales», por ejemplo: *Adam cognovit uxorem suam Evam, quae concepit et peperit Cain*, «Adán tuvo relaciones sexuales con su mujer Eva, la cual quedó embarazada y luego dio a luz a Caín» (Gn 4, 1). Esta misma acepción en otros 12 textos<sup>45</sup>.

*Noscere*: En latín profano y cristiano, «saber, conocer»; en latín bíblico: a) «sentir, experimentar, sufrir», por ejemplo: *eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*, «a él (Cristo), que no había experimentado (sufrido), el pecado, le hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5, 21); b) «tener relaciones sexuales», por ejemplo: *mulieres, quae noverunt viros in coitu, iugulate*, «matad también a las mujeres que hayan tenido relaciones sexuales, realizando el coito con hombres» (Nm 31, 17) (he procurado dar la traducción más literal posible)<sup>46</sup>.

*Videre*: En latín profano y cristiano, «ver» (con los ojos); en latín bíblico: a) «experimentar, probar, sentir, soportar»,

43 Meershoek, op. cit., pp. 117 y ss.; E. Valgiglio, *Le antiche versioni latine del Nuovo Testamento* (Nápoles 1985) pp. 22 y 43.

44 Meershoek, op. cit., pp. 127 y ss.; textos en E. P. Dutripon, *Bibliorum sacrorum concordantiae* (reimpr., Hildesheim 1976) s.v. *cognosco*.

45 Cf. E. P. Dutripon, op. cit., s.v. *cognosco*.

46 Textos en E. P. Dutripon, op. cit., s.v. *nosco*.

por ejemplo: *videre corruptionem*, «experimentar la corrupción en el sepulcro» (Sal 15, 10); *videren mortem*, «sufrir la muerte» (Jn 8, 51), en un texto paralelo se dice: *gustare mortem*, «probar (sufrir) la muerte» (Jn 8, 52), etc.<sup>47</sup>. b) «Tener relaciones sexuales», por ejemplo: *Qui acceperit sororem suam... et viderit turpitudinem eius*, «si uno toma por esposa a su hermana... y tiene relaciones sexuales con ella...»; *omnes qui glorificabant eam spreverunt illam, quia viderunt ignominiam eius*, «todos los que la honraban la han despreciado, porque han tenido relaciones sexuales con ella»: se trata de Jerusalén, que simbolizaba a una mujer, la esposa de Yahvéh, que le ha sido infiel, cayendo en la idolatría o en la infidelidad religiosa (Lam 1, 8)<sup>48</sup>. c) «entender, comprender, penetrar con la mente», por ejemplo: *videre sermones Dei*, «comprender las palabras de Dios»; *videre verbum Dei*, «comprender la palabra del Señor». Por eso, para la Biblia, los profetas son los *videntes*, los que comprenden las palabras o inspiraciones de Dios<sup>49</sup>.

*Clamare*: En latín profano y cristiano, «llamar, gritar, clamar». En latín bíblico: a) «anunciar un mensaje un profeta», «proclamar el evangelio», por ejemplo, Jonás *clamavit et dixit*, y continúa el mensaje (Jon 3, 4); Jesús, estando en el templo, *clamabat, dicens*, y sigue el anuncio evangélico. b) «Orar en silencio», «orar en lo íntimo del corazón», por ejemplo: *ad meipsum ore meo clamavi* (Sal 65, 17: V. L.), «a mí mismo clamé con mi boca»; hay que advertir que nadie se da voces a sí mismo. (El texto de la Vulgata tiene *ad ipsum ore meo clamavi*); *clamavit cor eorum ad Dominum*, «su corazón clamó (oró) al Señor» (Lam 2, 18), etcétera<sup>51</sup>.

*Clamor*: En latín clásico y cristiano, «clamor, ruido, griterío»; en latín bíblico, «oración en silencio», por ejem-

47 Textos en E. P. Dutripon, op. cit., s.v. *video*.

48 Meershoek, op. cit., pp. 133 y ss.

49 Meershoek, op. cit., pp. 134 y ss.; textos en E. P. Dutripon, op. cit., s.v. *video*.

50 Meershoek, op. cit., pp. 140 y ss.; O. García de la Fuente, *El latín bíblico*, vol. I, p. 87.

51 Meershoek, op. cit., p. 142; O. García de la Fuente, *El latín bíblico*, vol. I, p. 87.

plo, el salmista dice a Dios: *intellige clamorem meum*, «escucha mi oración» (Sal 5, 2)<sup>52</sup>.

*Cor*: En latín profano y cristiano, «corazón»: *a*) órgano físico; *b*) sede y símbolo de la vida afectiva; *c*) para los estoicos, centro y origen de la vida intelectual. En latín bíblico, «órgano y principio de toda vida espiritual», y por eso, sede del conocimiento, del pensamiento, del sentimiento, de la afectividad, de la voluntad, de la decisión, del amor de Dios, del pecado; *cor* es, pues, el órgano que representa toda la naturaleza humana. Algunos ejemplos: *De corde procedunt cogitationes malae*, «del corazón proceden los malos pensamientos» (Mt 15, 9); *quid cogitatis nequam in cordibus vestris?*, «¿por qué pensáis mal en vuestros corazones?» (Mt 9, 4); *loqui ad cor*, «decir palabras amables», o, «hablar íntimamente» (Os 2, 14; Is 40, 1)<sup>53</sup>.

*Renes*: En latín profano y cristiano, «riñones» (órgano del cuerpo humano). En latín bíblico, «la parte más íntima, oculta y profunda del hombre», o bien, como sede y símbolo del goce físico y de la concupiscencia, como sostienen algunos Santos Padres, o como sede y símbolo de las ideas y pensamientos más profundos y ocultos —la conciencia—, como parece la opinión más acertada: algunos ejemplos: *scrutans corda et renes, Deus*, «Dios, que escudriñas los corazones y las entrañas» —los pensamientos más íntimos, o la conciencia— (Sal 7, 10); *ure renes meos et cor meum*, «pasa al crisol mi conciencia y mi pensamiento (o mis sentimientos)» (Sal 25, 2); *quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt*, «pues mi corazón (= mi pensamiento, voluntad) se exacerbaba, y mi conciencia se torturaba» (Sal 72, 21), etc.<sup>54</sup>.

*Mare*: En latín profano y cristiano, «mar»; en latín bíblico: *a*) toda acumulación de agua, salada o dulce, por ejemplo, el «mar de Galilea» es el «lago» de Genesaret<sup>55</sup>. *b*) El «oeste», el occidente, el mar Mediterráneo, por ejemplo:

52 Meershoek, op. cit., pp. 143 y ss.; O. García de la Fuente, *El latín bíblico*, vol. 1, pp. 87 y s.

53 Meershoek, op. cit., pp. 166 y ss.

54 Meershoek, op. cit., pp. 177 y ss.

55 Meershoek, op. cit., pp. 202 y ss. (por lo que respecta a San Jerónimo); W. Süss, *Studien*, pp. 50 y s. (por lo que se refiere a San Agustín).

*Leva oculos tuos et vide a loco, in quo es, ad aquilonem et ad austrum et ad orientem et ad mare* (Gen 13, 14): el autor menciona los cuatro puntos cardinales, designando el «oeste» con el sustantivo *mare*<sup>56</sup>. Hay muchos ejemplos. c) El «sur», por ejemplo: *aquilonem et mare tu creasti*, «tú creaste el norte y el sur» (Sal 89, 13); Yahvéh reunió a los judíos de la diáspora *a solis ortu et occasu, ab aquilone et mari*, «de oriente y de poniente, del norte y del sur» (Sal 106, 3)<sup>57</sup>.

*Lacus*: En latín profano y cristiano, «acumulación de agua dulce». En latín bíblico: a) «Foso de leones»: *lacus leonum* (Dan 6, 7, y otras 19 veces más)<sup>58</sup>. b) «Pozo seco», «cisterna seca o con agua», que servía frecuentemente de cárcel, por ejemplo, José fue arrojado por sus hermanos a una cisterna: *et hic innocens in lacum missus sum*, «y aquí, siendo inocente, me echaron en este pozo (o cisterna)» (Gn 40, 15), etc. *Lacus* en el A. T. de la Vulgata no significa nunca lo mismo que *lacus* del latín clásico y profano, porque en hebreo no existe la palabra correspondiente a «lago», ya que para «lago» se usaba la palabra «mar». c) «Infierno»: lugar subterráneo, por ejemplo: *Eduxisti ab inferis animam meam, / salvasti me a descendentibus in lacum*, «Sacaste mi alma del seol, me salvaste de entre los que bajaban al infierno (= a la fosa)» (Sal 29, 4), etc.<sup>59</sup>. De la acepción de «lugar subterráneo», «pozo, fosa», es fácil el paso al significado de «infierno» (reino de las sombras).

*Tectum*: En latín profano y cristiano, «techo inclinado, terminado en punta que cerraba las casas por arriba», «casa». En latín bíblico, «techo plano», «terracea», por ejemplo: *ascendit Petrus in tectum ut oraret*, «Pedro subió a la terraza a orar» (Act 10, 9; V. L.; la Vg dice *in superiora*)<sup>60</sup>.

*Labium*: En latín profano y cristiano, «labio». En latín bíblico: a) «idioma», «lengua hablada»: *erat omnis terra*

56 Meershoek, op. cit., pp. 207 y ss.; W. Süß, op. cit., p. 50.

57 Meershoek, op. cit., pp. 207 y ss.; pero en contra de la opinión de Jerónimo hay que decir que en algunos textos —en concreto en los que cito en el texto— no se trata de *occidente*, como afirma Jerónimo, sino de *sur*.

58 Textos en E. P. Dutripon, op. cit., s.v. *lacus*.

59 Meershoek, op. cit., pp. 211 y ss., 218 y ss.

60 Meershoek, op. cit., pp. 221 y ss.

*labium unum*, «toda la tierra tenía una sola lengua» (Gn 11, 1, 6, 9; la Vg dice *erat labii unius*). b) «Orilla del mar»: *arena, quae est ad labium maris*, «la arena que hay a la orilla del mar» (Jue 7, 12; V. L.; la Vg. dice *in littore maris*). c) «Reborde», «borde» (de una mesa, etc.): *Fecit quoque mare fusile decem cubitorum a labio usque ad labium*, «hizo también el mar de metal fundido que medía diez codos de borde a borde» (1 Re 7, 23). etc.<sup>61</sup>.

*Suscitatio*: Término bíblico y cristiano. En latín cristiano, «acción de resucitar»; «el despertar de las virtudes»; en latín bíblico, «criatura», «ser creado»: *et deleta est omnis suscitatio*, (por motivo del diluvio) «fue exterminado todo ser viviente» (Gn 7, 23; V. L.; la Vg dice *omnem substantiam*; y lo mismo en Gn 7, 4)<sup>62</sup>.

Voy a poner punto final a esta lista de palabras. La lista de palabras con significados exclusivamente bíblicos podría ampliarse sin dificultad alguna. Para confirmarlo remito de una manera general a varias tesis doctorales dirigidas por mí en la Universidad de Málaga sobre el léxico del Génesis, Isaías, Sabiduría —ya defendidas— y sobre el Evangelio de San Mateo y de San Juan, las Epístolas Católicas, los Profetas Menores, las Epístolas de los Efesios, Filipenses y Colosenses, tanto de la *Vetus Latina* como de la *Vulgata*, en preparación.

El latín bíblico merece, pues, una consideración aparte y distinta de la del latín cristiano, y por supuesto de la del latín profano.

OLEGARIO GARCIA DE LA FUENTE

61 Cf. W. Süss, *Studien*, p. 46 (para las explicaciones de San Agustín).

62 W. Süss, *Studien*, p. 47 (para las explicaciones de San Agustín).